

## LA MIRADA DE DIOS<sup>1</sup>

Para nosotros, ¿quién es Dios? ¿Un ser vago, alguien al margen de nuestra existencia? ¿O es más bien, el fundamento mismo de todo cuanto existe? ¿Nos hemos acaso interrogado por qué Dios ha elegido el pan como sacramento de su cuerpo? ¿No será para significarnos que él es nuestro alimento fundamental, de la misma manera que Dios es para cada uno de nosotros el fundamento infinito de su propio ser, profundidad inagotable?

Si la palabra Dios no significara para nosotros sino “un ser vago, alguien al margen de nuestra existencia”, deberíamos entonces pensar más bien en las profundidades de nuestra vida, en la fuente misma de nuestro ser, en aquello que tomamos en serio sin reserva. Sin nombrarlo, presentiríamos entonces lo que Dios es: el fundamento de todo, mucho más ineludible que nuestra propia existencia.

Pero desde el momento que percibimos lo que Dios es realmente, tomamos conciencia de una constante trágica en la vida de los hombres: nuestra gran desgracia es que todos, poco más o menos, deseamos escapar de Dios. Sí; ¿existe acaso el hombre que jamás ha tratado de huir de Dios?

Con un Dios de caricatura, todavía podríamos intentar vivir confortablemente; no así, por cierto, con el verdadero Dios.

Un Dios a su medida, esto fue justamente lo que intentaron hacer los judíos al querer consagrar a Jesús, rey. ¡En esto sí que esos judíos eran bien de la raza humana! Los hombres siempre han deseado liberarse del peso de la existencia confiando ciegamente en un salvador que camine delante de ellos, a su ritmo, para tranquilizarlos.

Retengamos dos expresiones de esta tentación de hacer a Dios a nuestra medida: es probable que nos reconozcamos no poco.

Primera desviación posible: utilizar a Dios a mi conveniencia en vez de servirle sin reserva: querer pan ni bien tenga yo hambre, la victoria sobre mis enemigos ni bien aparecen (¿Dios no es acaso Dios?), justificar mis actos, de ser necesarios y en cuanto éstos se den, por medio de una argucia del espíritu apropiándome de alguna palabra del Señor.

Por un simple gesto -la huída- Jesús revela el horror que la inspira tal actitud: “Como conocía Jesús que habían de venir para llevársele por fuerza y levantarlo por rey, huyó solo otra vez al monte” (Jn 6,15). Cristo tiene horror siempre a que se pretenda encerrarlo en un círculo (así sea dorado), imponerle una idea (así parezca corresponder en nombre de la Ley o de la Religión). No olvidemos que él fue condenado por las más altas autoridades religiosas y políticas del Pueblo elegido. Cristo desconcertará siempre.

Segunda desviación posible: dar a Dios su parte a fin de estar en regla con él, a fin de estar por *fin* tranquilos (a Él lo sagrado; para nosotros lo profano). No obstante, el salmo 88 habla a Dios en otro tono: “A ti los cielos, a ti *también* la tierra”. Dar a Dios su parte es también encerrarlo - en su palacio esta vez- para que nos deje de una buena vez tranquilos: es hacer de Dios el Ser Supremo, cuando en realidad es el único *Ser Absoluto*, el fundamento de todo.

---

<sup>1</sup> Tradujo Hna. Clotilde Barbé, osb. Abadía de Santa Escolástica.

Si no encontramos rastros de esta desviación en nosotros, muy probablemente es por falta de lucidez por nuestra parte.

Nietzsche, famoso ateo, sabía con holgura lo referente a Dios cuando hacía decir a uno de sus personajes: “No has podido soportar a aquél que te veía. Era preciso que muriera”. El Dios que nos ve al desnudo, que sondea nuestro corazón, es el Dios que debe morir. El hombre no puede soportar que un testigo así, viva.

Los psiquiatras -y también los confesores- conocen muy bien la enorme fuerza de resistencia que una persona opone frente a la confesión, así sea de poca importancia. ¡Tanto es lo que tememos ser conocidos! Tenemos miedo de mirarnos a nosotros mismos: ¿cómo soportar a Dios, ese espejo que no podemos remover de delante de nuestro rostro? Hay hombres que, no pudiendo escapar a Dios, y tampoco pudiendo soportar su mirada, llegan a odiarlo y, simultáneamente, se odian a sí mismos debido a esas tinieblas que llevan dentro y que Dios mira; otros, menos valientes, buscan una salida más cómoda: se aturden. Cualquier cosa menos esa mirada detenida sobre mí.

Pero, ¿podemos sostener esa mirada de Dios? ¿Hemos medido las consecuencias?, es decir, que nunca tendremos una soledad absoluta, total, que nada podremos esconder completamente, y por lo tanto que todos nuestros secretos son develados, que nuestra intimidad es pública ya que un ser, presente en todas partes, los conoce.

Entonces, ¿también nosotros vamos a odiar a “aquel que nos mira” con esa intensidad y esa profundidad que nos hace bajar los ojos de vergüenza? “No has podido soportar a Aquél que te veía”. He ahí por qué los judíos crucificaron a Jesús: les molestaba con su mirada; y creyeron suprimir esa mirada crucificando a Jesús. Era demasiado fácil.

Pero, si más que el temor, como en Caín, esa presencia que nos sitia nos inspira el amor, si supiéramos descubrir en esa mirada a alguien que nos acepta, que nos ama; si dijéramos con las palabras del salmo 26: “Mis ojos buscaban los tuyos”.

Si vamos a intentar escondernos de Dios -lo que no es fácil (“Y desde la tumba el ojo miraba a Caín”)- o aceptar, en cambio, ser perdonados por esa mirada, aceptar ser aceptados para gustar finalmente la dulzura de estar en paz con Dios y, por ello mismo, reconciliados con nosotros mismos, en comunión con nuestros hermanos los hombres, con toda la creación. Pues, si somos conocidos por Dios hasta las profundidades de nuestras tinieblas, en el momento mismo en que nos atrevemos a sumergir nuestra mirada en el abismo, lo hacemos en la plenitud de un amor y de una aceptación que sobrepasa todo cuanto pudiéramos imaginar. Lo que Dios nos pide es, únicamente, no ahogar en nosotros lo mejor, que seamos, en fin, plenamente nosotros mismos, felices y libres.

Jamás ha podido nadie soportar con calma la mirada de Dios si no ha descubierto el amor de Dios en esa mirada, si no ha recibido “la gracia”, dicen los cristianos, ese “valor”, podríamos decir casi igualmente, ya que si no sabemos *por experiencia* que Dios nos ama, que nos acepta inaceptables, entonces sí su mirada es insoportable.

Para ayudarnos a vivir bajo su mirada, Dios nos ha dado su Palabra y su Eucaristía. La familiaridad con los salmos -el salmo 138 en este punto es el modelo - da a conocer un poco la profundidad de la mirada de Dios.

La Eucaristía también, ese pan de vida, portador de Dios que es la vida, el fundamento de toda vida, nos ayuda a decir:

“Sí, Señor, mis ojos buscan los tuyos” (*Sal 26*).

*En - Calcat*  
*Francia*